



Frondoso y hospitalario árbol de la lectura

Pedro Luis Ibáñez Lérida

Delegado en Sevilla de la ACE (Asociación Colegial de Escritores de España)

Escritor. Poeta. Articulista, crítico y comentarista literario.

LA LECTURA ES UNA DE LAS AVENTURAS MÁS FASCINANTES y complejas a las que se enfrenta el ser humano. Combinar las veintisiete letras y cinco dígrafos -del alfabeto español, en este caso, o de otros cualesquiera- es un viaje siempre iniciático a la portentosa e insondable imaginación. El lenguaje es la seña de identidad de nuestra humanidad. Y lo es por voluntad propia del primate que fuimos y que consideró, en su momento, enunciar y describir el mundo con la palabra. A partir de ese singular hecho fue necesario compartir el conocimiento hablado, transcribirlo a través de signos al escrito e interpretarlo. La estructuración del pensamiento es deudora de ese proceso de transformación. La conciencia de la memoria catalizó el afán en preservarla como registro de nuestro paso efímero. En el acto lector hay una evocación manifiesta e inequívoca de esa memoria. Es decir, de descubrimiento, de revelación, de anunciación.

LIBRO, RAYUELA INFINITA. En toda lectura, a saltitos como el recorrido celeste del juego infantil, se columbra el porvenir, es asomo a la remembranza, principio de lo

actual y lidera el acto de resistencia silente más poderoso: desasirnos de la alienación. Las historias se cuentan para ser oídas y en la corteza de los árboles y sus bellas imperfecciones fueron el primer lugar donde se escribieron. La lectura nos retorna al corazón de ese bosque que forman los libros como lugar de refugio e íntima soledad. Qué hermoso acariciarlos -libros y árboles- para abundar en el lance mágico que los despierta como sortilegio: “Primero se usaron hojas de palma para escribir y después la corteza de ciertos árboles”. En *Historia natural*, Plinio el Viejo nos encamina a la etimología de la palabra libro. En castellano viene del latín *liber*. Cuyo significado “parte interior de la corteza de los árboles”, apostilla el rastro de los pueblos a través de su léxico. Es el imaginario de lo reconocible en el tiempo indefinido que los lectores forjaron de forma larvada, laboriosa y estoica.

EN LA LECTURA HAY UN PRINCIPIO DE LIBERTAD tan acusado, que todo lector se convierte en una amenaza. Somos hombres libros como así nos definió la novela *Fahrenheit 451* del escritor norteamericano Ray Bra-

dbury, en la que refiere un tiempo donde la letra impresa y los libros están proscritos. Su peculiar título apela a la temperatura a la que el papel de los libros se inflama y arde. Nuestra conciencia de lectores es ignífuga y flamea clandestina como el pensamiento crítico del bombero Guy Montag, “Anoche pensé en todo el kerosene que usé en los últimos diez años. Y pensé en los libros. Y por primera vez comprendí que detrás de cada libro hay un hombre”

<<Qué hermoso acariciarlos -libros y árboles- para abundar en el lance mágico que los despierta como sortilegio: “Primero se usaron hojas de palma para escribir y después la corteza de ciertos árboles”.>>

